

## Formación de las naciones andinas

El Imperio Chavín interrumpió durante casi mil años el proceso de gestación–formación de las naciones andinas. Las acercó sin embargo mutuamente. Y, de hecho, concretó algunos niveles de homogenización étnica y cultural.

Tras la caída y el colapso definitivo del Imperio Chavín, cada uno de los pueblos que había estado sometido se encerró otra vez en sus fronteras. Y durante varios siglos trabajó intensamente en su propio territorio, sin trasladar ningún tipo de riqueza o de excedente a ningún dominador foráneo. Y retomó en la práctica el proceso de formación definitiva de su nación o de aquella de la que formaba parte. El beneficio de los proyectos autónomos, descentralizadores desde la perspectiva de todo el conjunto, asomarían sin atenuantes.

### Otra vez descentralización y progreso

La bondad del proyecto autónomo que pudieron materializar en este período se muestra irrecusable en el desarrollo agrícola y pesquero, minero y metalúrgico, y en textilería, cerámica y orfebrería que se alcanzó en prácticamente todo el territorio andino. Y una magnífica evidencia son también los cen-

tros urbanos y grandes edificaciones que al cabo de siglos muchos de ellos lograron erigir: Batan Grande y Túcume, en Lambayeque; Moche, en el valle del mismo nombre; Playa Grande, en Chancay, poco al norte de Lima; Maranga y Pachacámac, en Lima; Cahuachi, en Nazca; y Ñawinpuquio, en Ayacucho. Pero también las Necrópolis de Paracas, que Engel reputa como “verdaderas ciudades”<sup>267</sup>.

Y, aunque parece ser que en sólo dos casos por igual interrumpidos uno y otro (para lo que, como se verá más adelante, parece haber una explicación convincente), debe destacarse que dos de los más importantes pueblos de la costa alcanzaron a desarrollar, o por lo menos a sentar los cimientos, de lo que ha sido considerada una “verdadera escritura”<sup>268</sup>, basada en el “signo pallar”, recurrentemente presente en la cerámica y textilería de este período.

Fue, extrañamente uno al norte y otro al sur del pueblo *lima* (más no en éste), el caso de los *moche* (*chimú*) y de los *paracas* (*icas*) –véase el vestido del personaje *paracas* en la Ilustración N° 6–. Y portada por estos últimos llegó también a Nazca, según lo evidencian también abundantes testimonios textiles.

Aquellos otros que no estuvieron bajo dominación *chavín* siguieron concretando sus propios proyectos. Entre ellos, los *inkas*,

en el Cusco, creando ahora la cultura Chanapata; y los *kollas*, en torno al lago Titicaca, consolidando las culturas Qalullo y Pukara, en una vertiente, y Chiripa y Tiahuanaco, en la otra.

Los pueblos más numerosos terminaron finalmente constituyéndose en naciones. En ese sentido, los integrantes de cada una de ellas se sentían mutuamente identificados. Se reconocían como poseedores únicos del territorio sobre el que se asentaban. Estaban organizados para convivir, compartir, hacer producir y defender ese territorio. Tenían acumulada una tradición común que se remontaba a miles de años.

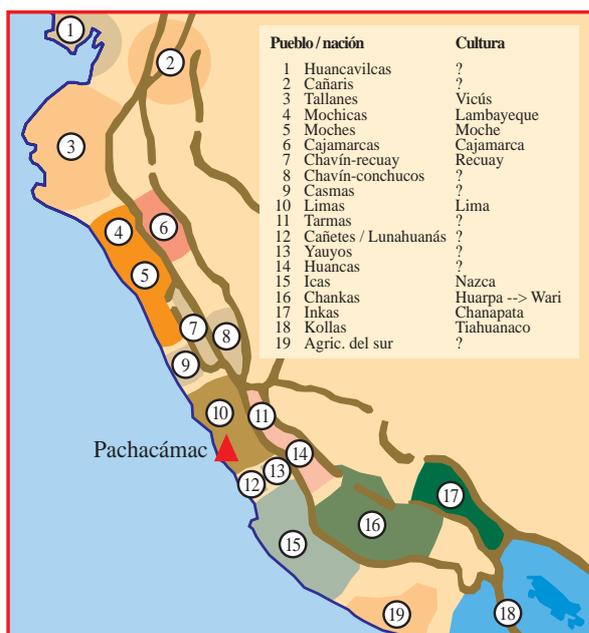
Cada pueblo había desarrollado un idioma o dialecto con el cual todos sus miembros podían comunicarse. Compartían los mismos valores y prácticas religiosas. Sus costumbres más importantes –vestido, comida, música y baile– eran comunes. Y eran compartidos usos como la cerámica y la arquitectura; etc.

Es decir, al cabo de un proceso que completaba ya miles de años de maduración, y habida cuenta de la interrupción durante el Imperio Chavín, hacia el siglo V dC habían quedado consolidadas en los Andes varias naciones y otras estaban en trance de lograrlo.

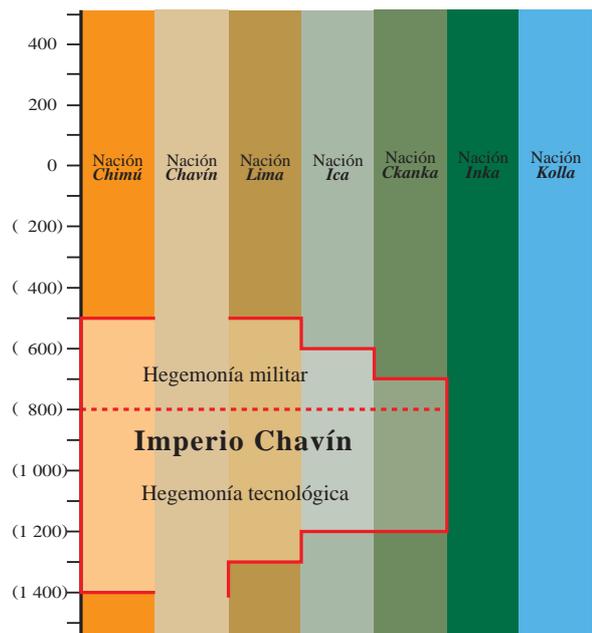
## Las grandes naciones andinas

En el norte, como herederos de los viejos agricultores de Chongoyape, el pueblo *mochica* lambayecano se había posesionado y explotaba los valles de Zaña, Reque, Lambayeque, La Leche, Túcume, e incluso el actualmente casi seco valle de Olmos. Los núcleos más numerosos habrían de erigir Batán Grande, en las inmediaciones de Chongoyape, y las grandes pirámides de Túcume, ligeramente más al norte. Sicán, Sipán e Íllimo serían otros de muchos núcleos poblacionales menores.

**Mapa N° 15**  
**Pueblos y naciones andinas (siglo V dC)**



**Gráfico N° 35**  
**Detalle Cronológico (1 500) - 500**



Con la denominada Cultura Lambayeque<sup>269</sup>, por ejemplo, el pueblo *mochica* alcanzó a dominar una tecnología hidráulica muy avanzada. Y logró extraordinario virtuosismo y fama en la metalurgia del oro, que hábilmente combinaron con la plata y el cobre. Dominaron pues las aleaciones. Pero también la soldadura, el repujado, el burilado y el calado.

Son particularmente célebres los *tumis* y las máscaras ceremoniales. E igualmente notables son muchísimos de sus trabajos de joyería en los que incrustaron esmeraldas, turquesas, amatista, lapislázuli, cuarzo rosado y cristalino, cristal de roca y perlas blancas, rosadas y negras<sup>270</sup>, muchas de las cuales eran obtenidas, a través de los *tallanes*, de pueblos norecuatoriales.

Inmediatamente al sur de aquéllos estaba el pueblo *moche* de La Libertad. Eran los sucesores y descendientes de los remotos hombres de Paiján, los aldeanos de Los Chinos, Huaca Prieta, Las Aldas, Cerro Prieto y Culebras, y de los grupos de Salinar y de Gallinazo.

Estaban ahora en posesión de los valles de Virú, Moche, Chicama y Jequetepeque. Pero los centros organizativos y religiosos más importantes estuvieron en los valles de Moche y Chicama donde, entre otras, erigieron las huacas del Sol y de la Luna, y el complejo El Brujo, que recién ha empezado a conocerse<sup>271</sup>, respectivamente. Los *moches*, pues, como tantos otros, se levantaron sobre los escombros de los viejos dominios *chavín* —como afirma Lumbreras—<sup>272</sup>.

Como hemos postulado anteriormente, puede presumirse que tanto *mochicas* como *moches* albergaron en sus territorios y se mezclaron étnica y culturalmente con los *sechín*, al cabo de la huida de éstos tras su derrota por los *chavín*. Como bien se vio en la Ilustración N° 6, y como muy significati-

vamente veremos más adelante, hay fundadas razones que avalan esa sospecha. Así, con el concurso y aporte de los *sechín*, *mochicas* y *moches* iban dando forma a lo que a la postre se reconocería como nación *chimú*.

En la costa central, los primitivos y pequeños grupos de Ancón, Chivateros, Oquendo y Arenal; los grupos aldeanos de Canario y Cucaracha; de El Encanto y Chilca; de las Colinas de Ancón y de Pedreros; de El Paraíso y Curayacu, así como los de Miramar y de Tablada de Lurín, habían precedido pues a quienes, contemporáneos con los *moche*, debemos considerar conformantes de la nación *lima*.

A la constitución de la nación *ica*, en la costa sur próxima a Lima, contribuyó —por ahora como la versión más remota— el hombre de San Nicolás. Más tarde los grupos que ocuparon las aldeas de Cabeza Larga, Otuma y Las Lomas. A ellos sucedieron los hombres que dieron origen a las culturas Paracas: Cavernas y Necrópolis. Y luego, coetáneos con los *moche* y los *lima*, los que crearon la cultura Nazca.

El remotísimo hombre de Pacaicasa y los hombres de Ayacucho, Huanta, Puente, Jaywa, Piki, Chihua y Cachi; los que después forjaron las culturas Chupas y Ranca y en esta etapa daban forma a la cultura Huarpa; todos ellos, fueron dando forma a la nación *chanka*. Y, como está dicho, en el extremo suroriental del territorio, alternaban las naciones *inka* y *kolla*.

Hacia los años 200 – 300 dC ésas eran las naciones más grandes del territorio andino. Sin embargo, alternaban con ellas otras distintas colectividades humanas, en otras tantas porciones del territorio: los *tallanes*, dando forma a la cultura Vicús, en el extremo septentrional de la costa; los *cajamarca*, vecinos de aquéllos, pero en el área cordillerana; los

*casma*, en la costa, los *recuay* –que en el Callejón de Huaylas adyacente habían desplazado en importancia a los *huaraz*– y los *conchucos* –en el callejón del mismo nombre– contribuían a la recomposición de la nación *chavín*–; los *tarmas* y *huanacas*, en la zona central de la cordillera, en torno al valle del Mantaro. Pero además *huancavilcas* y *cañaris*, así como *cañetes* y *yauyos*, etc.

## Guerras inter–nacionales: causas y secuelas

Entre los *mochicas* lambayecanos, durante ese mismo lapso se había ido poniendo de manifiesto una diferenciación social que mostraba tendencia a ser cada vez más pronunciada. En el apogeo, la élite *mochica* se diferenció nítidamente del resto de la población llegando a extremos increíbles de boato y despilfarro, reservándose asimismo el derecho a la poligamia –anota Lumbreras–<sup>273</sup>.

Mas ello ocurrió también entre los *moches*. Los privilegios de unos contrastaban significativamente con las formas sencillas de vida que caracterizaban a otros<sup>274</sup>. Hoy una vez más ha sido puesto esto de manifiesto con el descubrimiento de los murales multicolores y en alto relieve del centro arqueológico El Brujo (Cao Viejo, en el valle de Chicama, en las proximidades de la ciudad de Trujillo).

Entre los *lima*, ubicados básicamente en los valles de Chancay y Chillón, la presencia de cadáveres degollados, mutilados y descuartizados, en torno a otros intactos<sup>275</sup>, sugiere una modalidad de estratificación social. En la nación *ica*, dominada en este período por los *nazca* (que habían arrebatado ya la hegemonía a los *paracas*), el grupo urbano fue poderoso, y sus integrantes eran enterra-

dos con gran boato<sup>276</sup>. Entre los *kollas*, en las inmediaciones del lago Titicaca, las famosas *chullpas* funerarias<sup>277</sup> siempre han sugerido la existencia de diferentes estratos sociales.

En la diferenciación social, a los grupos dirigentes les correspondió asumir la responsabilidad de conducir a sus pueblos en procura de alcanzar su objetivo fundamental: consolidar la unidad y organización de la multitud de *ayllus* que formaban parte de cada una de dichas naciones y pueblos.

No obstante, y aun cuando debía estar todavía fresca en las distintas tradiciones la experiencia *chavín* –y sus consecuencias–, las élites dirigentes que se habían consolidado en el poder de las distintas naciones pusieron pues en evidencia que tenían objetivos de grupo diferentes a los de la gran mayoría del resto de los habitantes de sus pueblos.

Empezaron a repetir entonces algunos de los hechos del fenómeno imperial *chavín*. Así, para alcanzar sus particulares objetivos, lanzaron a sus naciones y pueblos en pos de los pequeños pueblos que los rodeaban. Es decir, en campañas de conquista como las que sus propios antecesores habían repudiado.

Así, entre los años 200 y 300 dC –según apunta Lumbreras–<sup>278</sup>, los Andes fueron entonces el escenario de un nuevo proceso de efervescencia bélica. Naciones y grandes pueblos se lanzaron a expandir sus fronteras dominando a los pequeños pueblos del contorno afirma Kauffmann<sup>279</sup>.

Los recientemente descubiertos murales de El Brujo insinúan en múltiples imágenes un clima bélico muy acentuado: guerreros fuertemente armados, degolladores y prisioneros esclavizados. Los hechos parecen sugerir que había empezado a operarse en los Andes un hecho novedoso y de grandes consecuencias.

Todo sugiere, en efecto, que –a la luz de las lecciones del imperialismo *chavín*– había aparecido una nueva motivación para las guerras. Las principales motivaciones de éstas ya no eran pues apropiación de tierras y bosques; acceso a fuentes de agua; disposición de bancos de peces y canteras; recuperación de bienes que habían sido arretabados por otros pueblos; vengar agresiones; liberación nacional; etc.

La nueva motivación para la guerra era ahora capturar prisioneros, que, en vez de ser eliminados –como había estado ocurriendo antes de Chavín–, pasaban ahora a constituir fuerza de trabajo al servicio del conquistador –anota Lumbreras<sup>280</sup>. Los nuevos brazos reforzaban la fuerza de trabajo existente y sustituían a quienes habían ocupado las novísimas plazas militares de los pueblos agresores.

Aparentemente los primeros prisioneros sometidos a trabajo esclavizante fueron llevados a explotar las inhóspitas y nunca antes habitadas islas guaneras<sup>281</sup> que explotaban los *moche* (*chimú*). Quizá ese era el destino de los prisioneros que han aparecido en los murales de El Brujo, donde, a partir de las imágenes encontradas, los arqueólogos especialistas han recreado la pintura que aparece

en la Ilustración N° 14, que a todas luces muestra prisioneros cuyo destino difícilmente sería otro que el trabajo esclavizado.

Permítasenos sin embargo una nueva observación. La prensa (en este caso el diario “El Comercio” de Lima, que con gran despliegue difundió en setiembre de 1999 los descubrimientos de El Brujo), haciendo suya las especialísimas interpretaciones de la historiografía tradicional, no duda en que la imagen corresponde a la “presentación de quienes habían sido vencidos en los *combates rituales*”<sup>282</sup>. ¿Combates rituales? ¿Representación teatral tragicómica y/o místico-religiosa?

Mal haríamos en desconocer que esa puede ser “una” hipótesis. ¿Pero ésa es acaso la única hipótesis? ¿Y acaso la más verosímil? No, en absoluto.

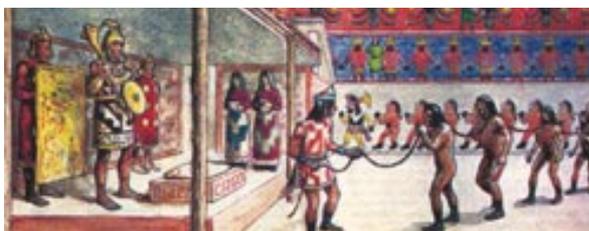
El contexto histórico al que pertenecen los murales de El Brujo, larga y sólidamente permite la formulación de otra, bastante más probable: que efectivamente se esté ante la representación de prisioneros, reales y no rituales, de una guerra, real y no ritual. ¿Acaso la presencia de armas y guerreros en los murales no coincide con las evidencias guerreras que ha encontrado la arqueología? ¿Y una y otra evidencia no concurren también a explicar el expansionismo *moche*?

Según los “especialistas”, las muy diversas y complejas imágenes de los murales de El Brujo corresponden –en la hipótesis que implícitamente han formulado– a un “secreto calendario”, plagado de “dioses y otras imágenes mitológicas”.

Habría en ellas pura abstracción y simbolismo mas nada de realismo. Que sepamos, ellos no se han planteado, alternativamente, una igualmente verosímil pero más prosaica hipótesis: que los artistas *moche* hayan retra-

### Ilustración N° 14

#### Prisioneros (esclavos) de los *moches*



Fuente:

– *La búsqueda recién ha comenzado*, *El Comercio*, Lima, 14 de setiembre de 1999, p. A 10.

tado el rico y complejo mundo en que vivían; esto es, a sus dioses, pero también a sus héroes militares; sus sueños, pero también sus hazañas; sus miedos, pero también sus fortalezas; sus soldados, pero también sus prisioneros; sus armas, pero también sus animales; etc.

La Arqueología y la Historia tradicionales tienen obligación moral y profesional de explicar por qué, sistemática y recurrentemente, haciendo tabla rasa de los más elementales criterios metodológicos, sólo ven escenas ritual-recreativas allí donde más probablemente hubo guerras sangrientas y conquistas, sufrimiento y muerte. Y por qué sólo ven dioses allí donde muy probablemente hay héroes legítimamente divinizados por la ideología de las élites y el imaginario popular. Y, tanto o más importante, por qué sólo y exclusivamente formulan sus apriorísticas y prejuiciosas hipótesis y silencian las otras.

¿No son acaso concientes de que formulando sólo una hipótesis, por lo demás apriorística y prejuiciosa, lo más probable es que sin rigor científico terminen artificial y artificiosamente “probándola”? ¿Y que al negarse a plantear hipótesis alternativas nunca las someterán siquiera a contraste y nunca entonces podrán probarlas?

¿No son concientes de que su obsesiva y nada científica tendencia a divinizar cuanto observan, contribuye decididamente a mitificar el pasado, esto es, al fortalecimiento de la Mitología, a despecho y con sacrificio del desarrollo de un área del conocimiento tan trascendental como la Historia?

¿No son concientes, por último, de que, a fin de cuentas, su persistente mitologización contribuye al encubrimiento y escamoteo de la verdad histórica? ¿No se cometería mañana un error monstruoso si, escribiéndose la

historia de hoy, los historiadores, además de las imágenes de que están llenas las iglesias, vieran en los monumentos de Grau y Bolognesi, Cáceres y Quiñones, seres divinos? Pues de tamañas distorsiones están plagados los libros de la historia andina.

Quizá básicamente pues, con el expediente de la guerra, en el norte, los *moche* (*chimú*) hicieron efectivo su dominio sobre los valles de Chicama, Moche, Chao y Virú. Más al sur, pero siempre en la costa, el pueblo *lima* terminó de ocupar plenamente los valles bajos y medios de Chancay, Chillón, Lima y Lurín. Y en territorio aún más austral, los *nazcas* hegemonizaron sobre el conjunto de la nación *ica*: por el norte del área hasta el valle de Chincha, dominando en el camino a los *paracas*, y por el sur hasta Acarí.

Al lado de la nación *ica*, pero al otro lado de la cordillera, fue éste también el período en que los pueblos que estaban dando forma a la nación *chanka* consolidaron su dominio sobre toda la cuenca del río Pampas. Y, quizá también, fue éste el tiempo en que los dispersos *ayllus* de los pueblos *inka* se posesionaron de manera definitiva del área del Cusco. Por su parte, los distintos grupos *kollas* se afirmaron sobre el vasto territorio altiplánico, e incluso sobre las costas de Arequipa, Moquegua, Tacna y el norte de Chile.

Es decir, virtualmente todas las naciones y grandes pueblos conquistaron sus objetivos de consolidación territorial y de desarrollo autónomo de su propio proyecto. Algunos de ellos, sin embargo, y por lo menos en parte, a costa de pequeños pueblos que fueron sojuzgados.

Estando poblados todos los valles del territorio de los Andes –tanto en la costa como en la cordillera–, la demanda alimenticia que planteó el crecimiento poblacional significó escasez relativa de tierras. Al fin y al cabo, la

**Cuadro N° 3**  
**Población andina 0 - 500**

Año aC	Población (miles)	Tasa de crec. por siglo
0	2 176	9,05
100	2 347	7,85
200	2 535	8,00
300	2 750	8,50
400	2 998	9,00
500	3 283	9,50

población andina habría crecido entre 40 y 50% durante esos cinco siglos.

Todo parece indicar pues que, para ampliar la frontera agrícola, entre la construcción de andenes, canales de riego y otras soluciones pacíficas y de inversión, los grupos dirigentes optaron por las guerras de expansión y conquista. En ese momento, sin embargo, ya no se trataba de enfrentamientos entre pequeños pueblos, sino de las primeras guerras inter-nacionales en los Andes.

No hay aún evidencias, pero compartiendo fronteras comunes, puede presumirse que los *moche* (*chimú*) rivalizaran con sus cercanos parientes los *mochicas* lambayecanos y otros de sus distintos vecinos: los *tallanes*, al norte; *cajamarcas*, *huaraz* y *recuay*, al este; y *limas*, al sur.

Es probable, también, que los *ica* rivalizaran con los *chankas* y que éstos tuvieran en esta etapa sus primeros enfrentamientos con sus vecinos *inkas*. Y es posible que, a su turno, estos últimos soportaran diversas formas de penetración y dominación a cargo de la nación *kolla*, donde con singular éxito des-puntaba ya la cultura Tiahuanaco.

La presencia de individuos y pequeños grupos rodeados de ostentación y privilegios ponía en evidencia que la estratificación social –en pocos siglos, a la sombra de las gue-

rras y de sus correspondientes botines–, se había hecho más pronunciada en algunas naciones. Ello demostraba que los beneficios que se obtenían estaban siendo concentrados por los grupos internos dominantes. Esto, a su vez, probaba que los proyectos nacionales estaban siendo sustituidos, subrepticamente, por proyectos de grupo, cada vez más ambiciosos y agresivos.

Las guerras de conquista no eran precisamente un buen remedio para esa sustitución. Muy por el contrario. Con ellas las élites dirigentes mostraban un completo dominio y control sobre el proyecto que se venía materializando en sus naciones. Si en la paz las mayorías concretaban algunos beneficios, con las guerras esas mayorías no sólo no obtendrían mayores ventajas sino que, incluso, iban a perder sus propias vidas. Sin embargo, las minorías dominantes, las élites, lograron imponerse.

Hacia los años 500 –según Lumbreras<sup>283</sup> el espacio andino presentó un nuevo cuadro bélico generalizado. Los artesanos se encargaron de dejar expresa constancia del feroz y decidido espíritu guerrero que primó durante esta fase del desarrollo de las grandes naciones andinas.

También cuando hablamos del fenómeno océano atmosférico del Pacífico Sur –tomando referencias de Peter Kaulicke y de Walter Alva–, dijimos que hay serias evidencias de una sucesión de graves alteraciones climáticas y aluviones, que coinciden en el tiempo precisamente con el generalizado período de violencia de que venimos hablando. Hay evidencias de cuán afectados habrían quedado las poblaciones *tallanes* de Vicús (Piura), *mochicas* de Sipán (Lambayeque) y *moches* de La Libertad.

Una vez más, pues, tenemos obligación de preguntarnos: ¿cuánto de aquella generali-

**Ilustración N° 15**  
**¿Divinidad Moche?**



Fuente:  
– Kauffmann, **Manual...**, p. 362.

**Ilustración N° 16**  
**¿Divinidad Tiahuanaco?**



Fuente / Versión de color por A. Klauer:  
– Kauffmann, **Manual...**, p. 438.

zada violencia bélica fue desencadenada por la destrucción material y hambruna a que habría dado lugar esa dantesca sucesión de 4–5 fenómenos “El Niño”?

¿Y cuán proporcionalmente débiles habrían quedado todas aquellas sociedades? ¿Habrían tenido virtualmente que comenzar casi desde cero nuevamente, como podría suponerse en función de la precariedad de las viviendas, y de la enorme destrucción de sus sistemas de regadío? Cabe no obstante también preguntarse, ¿habiendo perdido gran parte de las fuentes de sus privilegios, no ambicionarían obsesivamente las élites volver a alcanzarlos?

Entre los *moche* (*chimú*), en la cerámica quedaron ilustradas violentas escenas y la existencia de prisioneros de guerra <sup>284</sup>. Por lo demás como se aprecia en la Ilustración N° 15, la que la historiografía tradicional presume como la más importante divinidad de ese pueblo <sup>285</sup>, no era sino un fiero personaje armado <sup>286</sup>.

La representación de un “degollador” en Pukara, y la macrocéfala y también presunta divinidad Tiahuanaco, representada en la Puerta del Sol, provista de instrumentos contundentes <sup>287</sup>, sugieren también un clima de violencia más en esta última, como se ve en la Ilustración N° 16, resulta elocuente cuán

lejos había llegado la influencia Chavín: la similitud entre esta imagen y la del personaje de la estela de Chavín es harto evidente. Por su parte, los múltiples motivos iconográficos de la elaborada cerámica Nazca muestran, inequívocamente también, agresivo espíritu guerrero y gran ferocidad como anota Kauffmann <sup>288</sup>.

Los prisioneros de guerra, es decir, la fuerza de trabajo esclavizada o casi esclavizada que fue puesta al servicio de las naciones vencedoras y, en particular, de los grupos dirigentes, resultaron ser una nueva modalidad de *mitimaes* y *mitayos* en el espacio andino, de momento que eran desarraigados de su territorio y obligados a trabajar en uno lejano y extraño. Sobre ellos recayó, muy probablemente, el mayor peso en la construcción de las grandes obras que se erigieron en ese período. Obras que, no por simple casualidad se levantaron generalmente allí donde residían los grupos de poder.

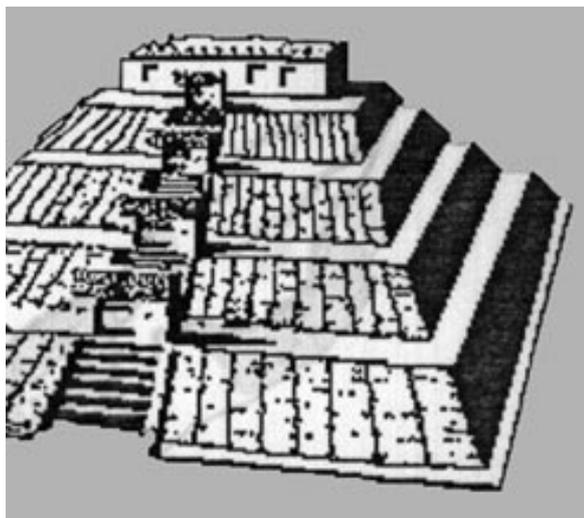
En el dominio central del pueblo *moche* (*chimú*) quedan aún los restos de un enorme sistema de irrigación que se cuenta entre las más sorprendentes realizaciones <sup>289</sup> en los Andes. En el valle de Chicama, en efecto, es posible rastrear, en casi 110 Kms, el trazo de un importante y profundo gran canal de irrigación <sup>290</sup>: el canal de La Cumbre. Pero asimismo otra asombrosa demostración de ingeniería hidráulica: el acueducto de Ascope que como señala Del Busto— “midió 1 400 metros de largo, 15 de alto, y tuvo un volumen de terraplenado que llegó a los 785 000 metros cúbicos” <sup>291</sup>.

E imponentes centros religiosos administrativos como la Huaca de la Luna y, mayor aún, la Huaca del Sol, gigantesca pirámide de 280 mts. por 136 mts. de base, y 48 mts. de altura <sup>292</sup>, en cuya construcción, según la leyenda —como registra Kauffmann— habrían intervenido 200 000 hombres <sup>293</sup>, apilándose

tanto como 50 millones de adobes —como a su vez escrupulosamente registra Del Busto <sup>294</sup>—. Así también el enorme complejo administrativo—religioso que erigió el pueblo *lima* en Pachacámac. La nación *kolla* —a su turno, y en Tiahuanaco— se encargó de repetir de *chavín* la erección de obras que implicaron el traslado y no menos asombroso trabajo de gigantescas piedras <sup>295</sup>. Según ha ilustrado Stingl, la Akapana debió ser una pirámide de piedra de dimensiones y acabados portentosos.

### Ilustración N° 17

Versión presunta de la Akapana de Tiahuanaco



### Las grandes construcciones, ¿cuánto costaron?

Así como algunas de las grandes edificaciones antes citadas, medidas con cuidadosa y sin duda profesional minuciosidad, nos encontramos reiteradamente en la historiografía tradicional con muchos otros datos que con seguridad tienen la misma precisión.

Se conoce, para citar sólo otros dos entre innumerables ejemplos, las dimensiones exactas del Castillo Nuevo (o Templo Tardío) de Chavín de Huántar (75 x 72 mts. de base, pudiendo presumirse que su altura fue de 13 o más metros, a estar por la de la pared más alta que aún se conserva en pie) <sup>296</sup>. Y que en

Tiahuanaco la pirámide de plataformas escalonadas de la Akapana, tuvo nada menos que 300 x 200 metros de base y 32 de altura <sup>297</sup>.

Cómo dudar que esos valiosos datos son una magnífica base quizá hasta suficiente para multidisciplinarios cálculos subsecuentes que, sin embargo, hasta ahora no han sido emprendidos. Y cuyos resultados tendrían un valor incluso más trascendente que las dimensiones mismas de los edificios: cuánto habría costado erigirlos.

¿Por qué, por lo menos en las últimas décadas, al no haberse convocado el concurso de la ingeniería, la arquitectura, la economía y la informática, los arqueólogos peruanos vienen negándonos los importantísimos datos de cuánto –siquiera en órdenes de magnitud y en sus equivalentes de valor actual– habría costado levantar esos imponentes edificios (gastos) y obras hidráulicas (inversiones)?

O, si se prefiere, y además con el concurso de la agrimensura y la agronomía, ¿cuánto –en términos absolutos y en porcentaje– del excedente agrícola generado por los pueblos correspondientes se habría destinado a esos usos? ¿No permitirían acaso esas estimaciones tener una idea más cercana de cuánta proclividad al gasto y a la inversión fueron nuestros antepasados?

¿No se estima acaso que esos cálculos son incluso más relevantes y trascendentes que, por ejemplo, el meticoloso estudio de las formas y colores que se usó en la cerámica precolombina? ¿E incluso mucho más representativos y reveladores del mundo concreto y tangible, de sus prioridades, de su organización económico-productiva y de su organización y jerarquización político-social, que sus conocimientos astronómicos y sus creencias mágico-religiosas?

Tenemos todo el derecho a preguntarnos todavía, ¿por qué la historiografía tradicional sigue empecinadamente desdeñando el valor enorme de la información económica del mundo prehispánico? ¿Por qué, siendo que incuestionablemente hace décadas que está a un paso de poder emprender su estudio, no ha incurrido hasta ahora en ese capítulo de la historia? ¿Qué la inmoviliza, qué la ata, qué la ancla, cuál es la rémora que le viene impidiendo dar ese trascendental paso que aportaría valiosísima información para conocer mejor la historia?

Esa sorprendente “parálisis” no es, a nuestro juicio, el resultado de carencias de orden técnico, cientí-

fico o metodológico. Transitoriamente, mientras estuvieron alhelados ante las monumentales obras, quizá no se hayan hecho preguntas tan prosaicas como éstas: ¿cuánto pudo costar esta obra en la que se apilaron 50 millones de adobes? O, ¿qué inversiones agrícolas dejaron de hacerse por construir este templo y aquél palacio? Mas, tras el natural asombro, ¿no ha sobrevenido acaso después un período reflexivo? ¿Por qué entonces tampoco allí surgieron esas interrogantes? Y si eventualmente surgieron, ¿por que, entonces, no se ha dado respuesta a ellas?

Esa parálisis, a nuestro juicio, connota una dependencia ideológica. Inconciente y quizá inadvertida, pero no es un problema científico. Es un problema resultante de prejuicios y escala de valores. Y, a la postre, un asunto inconciente de compromiso y hasta de arraigada e incontrolada sumisión al poder, que de hecho explica muchas formas conocidas de “pereza intelectual”

¿Por qué? Porque como en el también inabordable estudio político-social profundo de la caída de los imperios, ahondar en lo económico-social puede “des-cubrir” y traer a la luz incómodísimas y hasta “subversivas” respuestas. Mas en esto no hay tampoco ninguna originalidad en la historiografía tradicional andina. También en esto ella soporta con asombroso estoicismo el viejo corsé diseñado por la historiografía filogreco-romana.

Un magnífico ejemplo nos lo acaban de proporcionar los arqueólogos italianos que, con el auxilio de las más modernas técnicas de diseño gráfico, pero tras costosa tarea, han recreado en imágenes virtuales de tercera dimensión la esplendorosa Roma de la cúspide del imperio. La acaba de difundir en Lima la televisión por cable. Mas se plantaron allí: en la versión arquitectónica. Que se sepa –no lo anunciaron, cuando bien pudieron hacerlo–, no han dado el único paso que faltaba: empezar a calcular cuánto costó ese portento. Ese valiosísimo dato actualizado –que para cuando se estime no dudamos que alcanzará cifras astronómicas–, habrá de contribuir a mostrarnos cuánto aportó al debilitamiento del imperio la absoluta pero intrínseca proclividad al gasto (en detrimento de la inversión) de las élites hegemónicas.

Nuestra hipótesis es pues que la historiografía tradicional andina, siguiendo meticolosamente la senda de aquella, tampoco acomete el estudio económico-social de nuestra historia por el muy fundado –aunque quizá sólo inconciente temor– de con ello empezar a derruir el enorme castillo de naipes que ha

creado. Porque no otra cosa es esa imagen idílico-mística y “gloriosa” del pasado prehispánico, que sólidamente han sembrado nuestros viejos y reputadísimos historiadores de las primeras décadas de este siglo. Cómo replicar a tan incontrastables maestros. Si se atreven, que lo hagan los de las generaciones que vienen –debe tener en la mente más de uno–. Y así van pasando las décadas y los siglos. Y nuestros estudiantes continúan sumidos en el engaño.

Pero tampoco se emprende el estudio económico-social del pasado antiguo, porque entonces debería seguirse con el correspondiente al Virreinato. Y éste es todavía más incómodo. Cómo enfrentar a la Madre Patria. Y cómo desacralizar a Isabel la Católica y a Carlos V, al inefable virrey Toledo y a Fernando VII. Cómo sacudir las tranquilas conciencias de España y otros pueblos de Europa, recordándoles que inicua-mente, y a cambio de nada, extrajeron de los Andes riquezas de valores astronómicos. Mas de ello y otros latrocinios equivalentes veremos extensamente en *En las garras del imperio*.

¿Y para cuando finalmente se haga ese estudio completo de la Colonia –porque inexorablemente terminará por hacerse algún día–, ¿no habría que acometerse entonces un genuino y profundo estudio económico-social del período correspondiente de la República y hasta nuestros días? Innumerables indicios permiten suponer que las revelaciones serían asombrosas: crímenes, ambiciones enfermizas, corrupción desembosada, fraudes económicos y electorales, estafas de todo género, grotesca proclividad al gasto inútil y otros latrocinios por doquier.

¿Cómo sino entender que, tras Virreinato y República, a pesar de la extraordinaria riqueza natural que se ha explotado en el Perú, no somos sino un pueblo pobre y subdesarrollado, en el que se ha impuesto –en palabras de Rocío Silva Santisteban– la “cultura de la indigencia”<sup>298</sup>? Cuando como ha dicho el historiador peruano Pablo Macera, de haberse manejado los recursos de otra manera “el Perú hubiese tenido un desarrollo histórico económico similar al de Japón al otro lado del Pacífico”<sup>299</sup>.

Pues bien, “des-cubrir” todos los latrocinios de la República ya no sólo es incómodo: hay familiares, amigos y conocidos en la escena. Y resulta peligroso: están vivos, e incluso usufructuando del más onmímido poder muchos de los responsables. ¿No resulta entonces ostensible que el silencio y esa extraña “pe-reza intelectual” de la historiografía tradicional tienen

que ver –como lo advertíamos y eventualmente pareció hasta forzado– con el temor al poder de turno?

He ahí pues cómo 50 millones de adobes nos han mostrado el temible callejón sin salida de la historiografía tradicional. He ahí, pues, por qué a muchos ha resultado más cómodo y sensato dejar las cosas en adobes inertes, harpías de fábula y seres mitológicos inofensivos.

## Pachacámac y la nación lima

Pachacámac fue quizá, desde muy antiguo e incluso durante la dominación *chavín*, el más importante centro religioso-ceremonial del pueblo *lima*.

Si un milenio atrás los sacerdotes del templo Chavín capitalizaron el fervor por la derrota de *sechín*, todo parece indicar que a la postre los sacerdotes de Pachacámac lograron otro tanto tras la derrota de *chavín*.

Quizá desde esa fecha Pachacámac dejó de ser un centro religioso local y nacional, y se convirtió en centro religioso ecuménico, internacional –como anota Torero, quien recuerda además que, más tarde, algunos cronistas la compararon con Roma y La Meca–<sup>300</sup>.

Pachacámac se erigió en efecto en importantísimo centro en el que convergían pobladores de gran parte del territorio andino. Eso, a la postre, tendría enorme significación. Pachacámac, de hecho y como había ocurrido antes con Chavín de Huántar, facilitó el intercambio de bienes, servicios y tecnología entre los pobladores de las distintas naciones y pueblos que allí concurrían.

Con ello coadyuvó a la difusión y homogeneidad cultural, y en particular, idiomática<sup>301</sup>. Todo hace suponer que como postula el lingüista Torero después de Chavín, Pacha-

cámac tuvo un protagónico rol en la difusión panandina del *quechua*.

Desde muy distantes confines fueron llegando al templo de Pachacámac multitudinarias delegaciones de peregrinos *moche* (*chimú*), *tarmas*, *huancas*, *icas*, *chankas*, etc. Los sacerdotes contaron así con el apoyo suficiente para engrandecer las edificaciones hasta que el conjunto adquirió dimensiones desproporcionadamente grandes en relación con la magnitud poblacional del pueblo *lima* que lo albergaba.

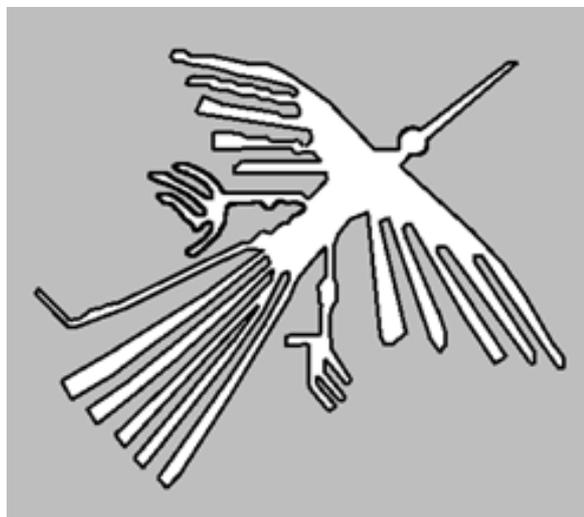
## La cultura Nazca y la nación ica

En la costa sur, por su parte, tras aprovechar y potenciar las influencias que les llegó de la Cultura Paracas Necrópolis (entre el 370 aC y el 100 dC), de entre los grupos de la nación *ica* largamente habían empezado a destacar los *nazcas*, desde su sede central en Cahuachi (a pocos kilómetros al sureste de la actual ciudad de Nazca), en el área sur del territorio de dicha nación.

Presumiblemente entre el 100–200 dC habrían realizado los primeros de sus gigantes y asombrosos geoglifos hendidos en el suelo de cascajo en la Pampa de El Ingenio (ligeramente al norte de la actual ciudad de Nazca). Éstos, a la postre, llegaron a ocupar un área de más de quinientos kilómetros cuadrados. Hay allí aún hoy hasta 32 grandes figuras bien definidas, entre ellas un ave de 127 metros de largo y una araña que mide 42 metros <sup>302</sup>.

El conjunto de geoglifos de Nazca es sin duda el más grande y asombroso de los Andes. Sin embargo –a despecho de lo que cree la inmensa mayoría de las personas– no

### Ilustración N° 18 El cóndor de las Líneas de Nazca



Fuente:  
– Stingl, *Templos...*, p. 100.

son los únicos. También los hay en Arequipa: una enigmática espiral, en la Pampa de Majes; un bellissimo manto, en la pampa de Santa Isabel de Sihuas; y varios en Toro Muerto, en el valle medio del río Majes cerca de Aplao. Y en el norte del Perú, dentro del territorio *mochica* en Lambayeque, en Oyotún, en la cabecera del río Zaña. Pero también hay otros en el desierto de Antofagasta, en el norte de Chile <sup>303</sup>.

A diferencia de otras grandes realizaciones materiales en los Andes, las ya célebres Líneas de Nazca representaron exclusivamente un gran despliegue de esfuerzo humano: infinidad de horas de trabajo. No fue necesario explotar canteras de piedra y por tanto tampoco el concurso de pacientes picapedreros.

Las asombrosas Líneas de Nazca –que aún vienen dando lugar a innumerables investigaciones, hipótesis y fantasías pseudo científicas–, representaron por sobre todo un

extraordinario despliegue de ingenio y habilidad. No tanto para definir las líneas rectas, sea en el llano o superando montículos, pues para ello era suficiente el auxilio de pequeñas estacas de madera de huarango alineadas con la vista humana. Sino para concretar lo que en la moderna topografía se conoce como “replanteo”, esto es, el traslado al terreno, en sus dimensiones finales, de los pequeños trazos bosquejados en una superficie menor.

El arquitecto Carlos Milla <sup>304</sup> postula como hipótesis que bien pudieron los *nazcas* conocer el principio de ‘ampliación a partir de la diagonal del paralelogramo’ (el sencillo método que se usa en la ampliación fotográfica). A partir de ese principio, y con el auxilio de bastones y cordeles, habrían podido los *nazcas* construir un pantógrafo gigante capaz de ampliar una figura en grandes proporciones. Por lo demás, habrían recurrido también a un simple artefacto de cerámica (dos pequeños tubos huecos cruzados en ángulo recto) para concretar el replanteo de ángulos de 90 grados <sup>305</sup>.

Todo ello pudo lograrse porque muchos de sus especialistas, los ingeniosos creativos, y muchos de sus hombres, la insustituible fuerza de trabajo, habrían dispuesto de tiempo suficiente para concretar ese cuantioso despliegue de energías. Mas ello, a su turno, sólo podía lograrse obteniendo grandes excedentes en las campañas agrícolas.

Y no fue precisamente porque las tierras del área fueran proverbialmente fértiles. Sino, por sobre todo, porque los *nazcas* habrían tenido siglos de una vehemente proclividad a la inversión.

De ello dan fiel testimonio las innumerables obras hidráulicas que se construyeron en Matará, Achullo, Aja, Bisambra, Curve, Orcona, Cantayo, Tejeje, Bijuna, Pangaravi, Huairona, Majorito, Majoro Grande, Anclia,

Agua Santa, San Marcelo, Gobernadora, O-cangaya, Soisongo, Conventillo, Llicuas, Copara, Taruga y Soisonguillo <sup>306</sup>.

“Los acueductos y reservorios de la región todavía sorprenden por su eficacia” afirma con certeza Del Busto <sup>307</sup>, pues efectivamente muchos están aún en uso. Se conoce de artificiales conductos subterráneos de agua, de más de un kilómetro de largo y que llegan a tener la altura de un hombre.

En otro orden de cosas, los *nazcas*, dado su circunstancial desarrollo y su posición geográfica –como se verá en el Mapa N° 18–, adquirieron una gran importancia comercial enlazando Tiahuanaco con Pachacámac, y seguramente hasta con *moches* y *mochicas*. Lo cierto es que adquirieron también reputación como mercaderes <sup>308</sup>. Hacia el sur de su territorio, dejaron testimonios de intenso comercio con Huacapuy (Camaná) y Majes (Arequipa) hasta por lo menos el 600 dC.

Fueron pues sin duda significativos los testimonios de desarrollo técnico y económico que alcanzaron los *nazcas*. No es difícil imaginar que con todo ello asombraran a los restantes pueblos de la nación: *icas* propiamente dichos, *paracas* y *chinchas*, alcanzando a predominar sobre todos ellos. Hasta puede presumirse que al principio –como había ocurrido con Chavín– habría sido sólo una hegemonía tecnológica y pacífica que, como sugiere la iconografía de su cerámica, se mantuvo durante los siglos I y II dC.

Es difícil definir cómo y por qué se operaron drásticos cambios en la sociedad *nazca*. Lo cierto es que su cerámica y otras expresiones culturales de los siglos III y IV retratan, entre otras imágenes, dantescas cabezas–trofeo. Había pues asomado el período de los guerreros *nazcas* que, hasta su conquista por el Imperio Wari, concretaron un segundo período de su historia, pero de hegemonía militar.

“Gustaron de traer atados al cinturón los cráneos de sus enemigos. Son las famosas cabezas–trofeo que penden también de los tobillos, rodillas y manos de los vencedores” –registra Del Busto <sup>309</sup>.

Quizá del mismo período es la ya citada cabeza–trofeo lítica de características faciales negroides, encontrada en el sitio de Que-rullpa Chico II, en el valle alto del río Majes –que Linares Málaga presume de origen Tiahuanaco <sup>310</sup>–. Y otra evidencia de una fuerte presencia y eventual expansión conquistadora hacia el sur de su territorio, la constituyen los geoglifos de la Pampa de Majes, así como los de las cercanas áreas de Santa Isabel (Sihuas) y de Toro Muerto (Aplao), todos ellos en Arequipa.

## El Titicaca: la común historia de las naciones *inka* y *kolla*

Tiahuanaco fue sin duda la más grande realización cultural y material de esta parte de la historia andina. Sus enormes y costosísimas construcciones de piedra primorosamente trabajada, como la pirámide de la Akapana –que se mostró en la Ilustración N° 17–, y el palacio de Kalasasaya –al que pertenece la Puerta del Sol–, alcanzaron tal envergadura que implicaron un conjunto de decisiones tomadas al nivel de un poder central suficientemente fuerte –como afirma Métraux <sup>311</sup>.

Lo suficiente como para decidir incursiones guerreras de conquista y/o de reclutamiento forzoso de fuerza de trabajo. Suficiente como para organizar y obligar después a los prisioneros a trabajar. Suficiente para decidir en qué tipo de obra se concen-

trarían los esfuerzos de cientos o miles de prisioneros y/o los campesinos de pueblos aledaños (como parece haber sido el caso de los *inkas* en el altiplano tiahuanacuense).

Es decir, suficiente para decidir el uso del excedente generado por su propio y otros pueblos. Sin duda se trataba de varias e importantes decisiones, en manos de un poder que, sólo siendo muy fuerte, podía materializarlas.

Siglos más tarde, sin embargo, el pueblo *inka* sería el protagonista del habría de ser el más extenso y militarmente poderoso imperio que llegó a conocer el mundo prehispánico. Pero, como bien se sabe, el mito fundacional más importante del pueblo *inka* relata el mitológico surgimiento de su legendario fundador, Manco Cápac, de las frías aguas del lago Titicaca.

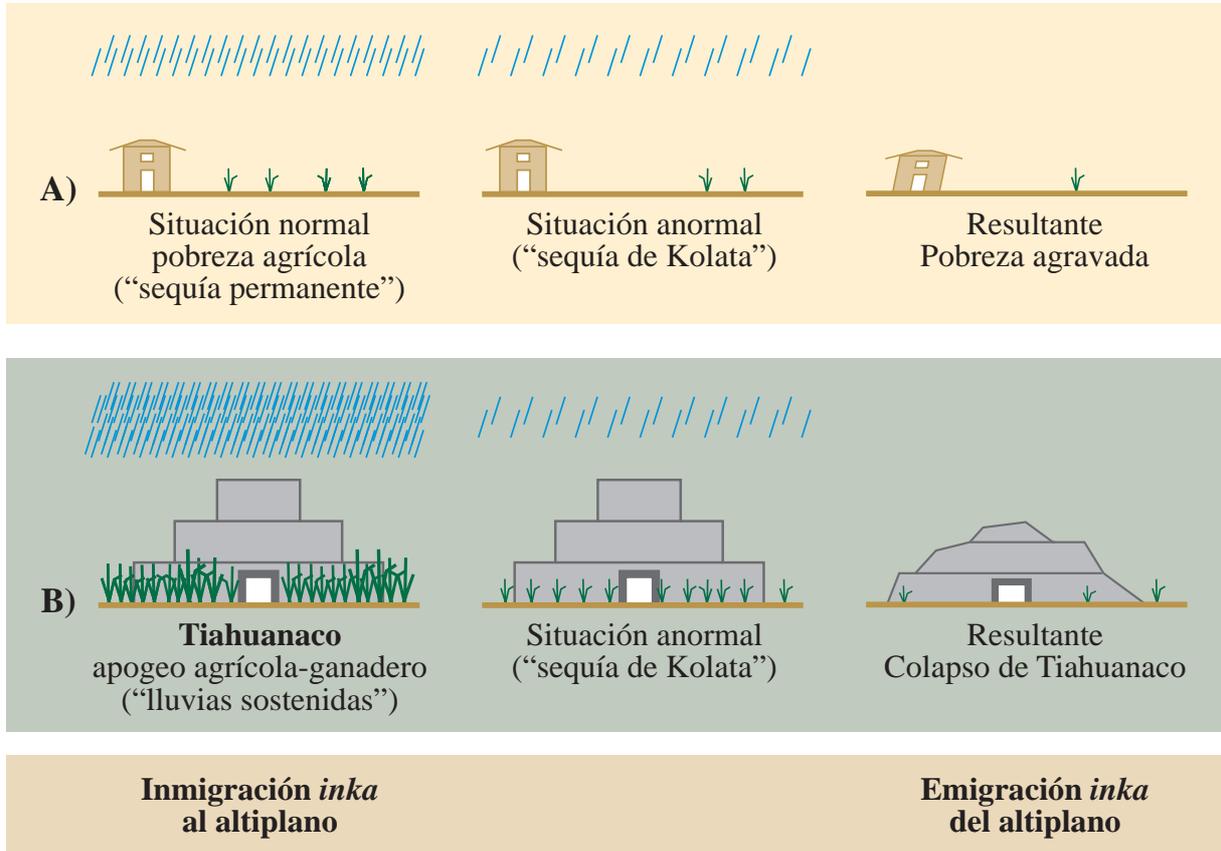
Ello, sin ápice de duda, revela la fortísima y muy prolongada relación que en algún período tuvieron los quechua–parlantes *inkas*, con los aymara–parlantes *kollas* del Altiplano. Relación intensa y prolongada que –todo parece sugerirlo– se dio precisamente durante el esplendor de Tiahuanaco, donde aquéllos, por asimilación, hicieron suyo el mito fundacional de éstos.

De la misma manera que la asimilación andina del mito fundacional más importante de la cristiandad –que a su vez es de lejano origen *judeo–mesopotamio*–, fue el resultado de la estrechísima y por tres siglos duradera relación de los pueblos dominados y “paganos” de los Andes con los hegemónicos del “cristiano” imperialismo español.

¿Cómo y por qué se produjo esa estrechísima relación *quechuas inkas* – *aymaras kollas*? ¿Cuándo empezó y qué tan prolongada fue? Lejos está aún la historiografía tradicional de dar elementos de juicio para res-

## Anexo N° 6

### Tiahuanaco y la hipótesis de Kolata



ponder adecuadamente esas interrogantes. Aún cuando, de hecho, el famoso mito es parte de la historia más y mejor estudiada del larguísimo período prehispánico de la historia del Perú.

Sólo cabe pues formular hipótesis, como las que pasaremos a enumerar. Debe sin embargo advertirse que el elemento central, la esencia de la cuestión, es la mitológica leyenda de Manco Cápac. Los restantes puntos de partida tienen base científica y son bastante conocidos:

a) Tiahuanaco fue la culminación de un gigantesco y costosísimo proceso de capitalización material;

b) ello no se había dado antes, y no ha vuelto a repetirse;

c) los yermos y agrícolamente pobres campos del Altiplano –como se les conoce hoy– no pueden explicar un fenómeno de acumulación de excedentes tan gigantesco, y;

d) es virtualmente imposible que la ganadería de auquénidos del Altiplano hubiera podido generar masivamente tantos excedentes, ni siquiera en el caso de que la hambruna de la periferia hubiera sido gravísima (a menos que la ciencia demuestre que varias generaciones sucesivas pueden alimentarse única y exclusivamente de carne).

Nuestras conjeturas e hipótesis son entonces las siguientes:

- 1) Hoy la ciencia conoce perfectamente de la existencia y consecuencias del fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur. Y también perfectamente conoce que afecta selectiva y discriminadamente, con consecuencias distintas en unos que en otros rincones del territorio andino.

Así, las frecuentes y reiteradas versiones de “El Niño” representan lluvias torrenciales en la costa norte, por sobre todo, e invariablemente sequías en el Altiplano. Y, a la inversa, las versiones de “La Niña” producen sequía en la costa norte y lluvias en el altiplano. En uno y otro caso, tanto más graves unas y otras cuanto más grave es el fenómeno.

Pero la “selectividad espacial” es tal, que a un lado y otro de la Cordillera de Carabaya –la que separa el surcordillera con el Altiplano–, se dan procesos climáticos distintos. Así, mientras en el área *inka* puede estar dándose un estado de lluvias, en el área *kolla* puede estar dándose sequía, y a la inversa.

- 2) También es claro hoy que no todos los fenómenos de dicho tipo tienen igual duración, los hay de meses y años.
- 3) Como parece estar ocurriendo actualmente, y a lo largo de las últimas dos décadas, hay razones para presumir que la convergencia del fenómeno planetario con fenómenos localizados en el Altiplano, dan lugar a períodos largos de sequía cada vez más aguda.

Recientemente el arqueólogo norteamericano Alan Kolata, ha mostrado que estudios del lecho del lago Titicaca muestran en efecto que el colapso de Tiahuanaco

coincide en el tiempo con evidencias de una grave y prolongada sequía<sup>312</sup>. Ella se habría producido –presumimos a manera de hipótesis– en torno al año 900 dC, esto es, poco después del inicio de la expansión del Imperio Wari.

El fenómeno eventualmente habría tenido proporciones planetarias. Porque casi coinciden en el tiempo los colapsos por sequía de las culturas:

- Tiahuanaco, en los Andes
- Maya, en Centroamérica
- Anazasi, en Norteamérica (California)
- Khmer, en Oriente

Como resulta obvio deducir, ese fenómeno no pudo ser de aquellos a las que estaba habituada la población del Altiplano. Y menos aún posterior a una cualquiera de sus consuetudinarias sequías, pues simplemente de la precedente sólo habrían podido resultar, aunque agravados, los mismos resultados de pobreza agrícola mileraria del Altiplano (“A” en el gráfico de la página precedente).

- 4) Aún no está comprobado, pero de lo dicho y de lo que se conoce del fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur, es razonable presumir que, en sentido inverso (“B” en el gráfico), pueden haberse dado –y repetirse en el futuro– procesos de prolongadas, intensas y generosas lluvias que –así como transforman ahora en un gigantesco pastizal desierto de Sechura–, podrían haber convertido el Altiplano en un asombroso y extenso aunque pasajero vergel.

Eventualmente, entonces, un fenómeno natural de este tipo –espacialmente muy focalizado–, repentino, explosivo y fugaz, en simultaneidad con sequía prolongada en la periferia –incluido el territorio

*inka*–, se habría dado en el Altiplano en torno al 600 dC. Y, en efecto, parecen confirmarlo las modernas investigaciones –referidas en la primera parte de este texto–, realizadas en los hielos de los nevados Quelcayo y Macusani del Altiplano.

En todo caso, habrá que reconocer que las posibilidades que ha tenido la ciencia para construir y confrontar esta hipótesis llevan acumulados 450 años. Esto es, desde que en 1553 Cieza de León publicó *La crónica del Perú*. En ella, hablando de los *kollas*, el cronista nos dice <sup>313</sup>:

*Muchos destos indios cuentan que oyeron a sus antiguos que hubo en los tiempos pasados un diluvio grande...*

Y efectivamente, los “diluvios” son, por naturaleza, intrínsecamente repentinos, y de consecuencias explosivas y fugaces. Ese “diluvio grande” del Altiplano –secularmente seco–, no debió ser sino uno o varios conjuntos anuales de grandes lluvias que, por comparación con aquellas precipitaciones anuales promedio a las que estaban acostumbrados los *kollas*, debieron parecerles gigantescas.

Pero, dados los resultados objetivos que ha ofrecido Tiahuanaco, habrían sido de magnitud tal que, no siendo destructivas, fueron por el contrario inmensamente productivas. Sobre todo por el hecho –pocas veces bien tenido en cuenta– de que el Altiplano es enorme. Bien puede sumar tanto como 100 000 Km<sup>2</sup> <sup>314</sup>.

Sólo un inusitado evento climático de esa naturaleza explicaría el carácter repentino y fugaz de Tiahuanaco. Pero explicaría también además su carácter explosivo. O, si se prefiere, el hecho de que alcanzó el esplendor “de la noche a la mañana”. Y una vez más corresponde recurrir a Cieza

de León <sup>315</sup>. Dice en efecto:

*...oyeron a sus pasados que en una noche amaneció hecho lo que allí se veía.*

Si como todo parece indicar, efectivamente ocurrió ese “generoso y constructivo diluvio” –aunque no hubiera habido sequía en la periferia–, mal podemos extrañarnos de sus abrumadores resultados en infraestructura material. Porque con esa enorme superficie, el Altiplano es la llanura potencialmente fértil más grande del conjunto del territorio Perú–Bolivia.

Los *kollas* del área circunlacustre, casi permanentemente en sequía, estaban pues acostumbrados a los rigores de una vida de subsistencia, casi sin capacidad de inversión o acumulación. Y, derrepente, sorpresivamente, se vieron obteniendo cosechas 10, 25 o quizá hasta 50 veces mayores.

Así, dadas las magnitudes del Altiplano, puesto repentinamente en producción ese vasto territorio, el imprevisto e impredecible –pero fugaz– excedente generado debió resultar absolutamente gigantesco. Puede incluso hasta sospecharse que no se dieron abasto para secar toda la producción de tubérculos, como estaban acostumbrados. Así, no habrían alcanzado a convertir buena parte de su primera gran cosecha en no percedera y aprovechable. Quizá, pues, la mayor parte de ella se les pudrió, volatilizándoseles así gran parte de sus primeros grandes excedentes.

Todo sugiere que al año siguiente –y durante muchos más– volvieron a darse nuevas grandes lluvias. Mas éstas ya no habrían tomado a los *kollas* de sorpresa. La experiencia anterior resultaba invaluable. Probablemente lo primero que se

decidió fue que regresaran al Altiplano todos los *kollas* desperdigados por el flanco costero de la cordillera Occidental, desde Ocoña hasta el norte de Chile. Y todo parece sugerir que ni siquiera ello fue suficiente.

Así, para el tercer año, habrían ya tomado conciencia de que su capacidad de reclutamiento de mano de obra extranjera era enorme. Pero además, les resultaba insustituible para concretar la materialización lítica de sus enormes excedentes.

Mal podría extrañar entonces que, eventualmente por las buenas a unos, y por las malas a otros, fueron a traer fuerza de trabajo ajena. Y, entre sus muchos vecinos, los noroccidentales inmediatos, los *inkas*, eran precisamente quienes estaban más al alcance de la mano.

Y si, como seguimos presumiendo, éstos llevaban el mismo tiempo en aguda sequía, habrían llegado entonces, virtualmente, en condición de esclavos. Como quizá también llegaron muchos campesinos *chankas*.

Todo ello, pues, ayudaría a explicar una muy prolongada presencia en el Altiplano de pueblos de la periferia, incluidos miles de campesinos del pueblo *inka* –voluntaria o forzosamente captados–, cuyos brazos –como veremos– habrían contribuido decididamente a levantar las monumentales construcciones que dispuso erigir la también fugazmente poderosa élite *kolla*.

Por lo demás, ésta, suponiendo que los dioses se habían vuelto de su lado para siempre, destinaron el íntegro de sus excedentes a financiar la construcción de obras faraónicas típicas de gasto, y no de inversión, que, seguramente, también habrían podido hacerse.

5) La extraordinaria situación, el insólito e inopinado escenario, se habría prolongado tanto como muchas décadas. Y –como también está dicho– vuelta a repetir en torno al 800 dC.

Es decir, ya fuera en una sola gran estadía, o en dos o más tramos parciales, se habría acumulado en el Altiplano una permanencia *inka* suficientemente prolongada como para que, con varias generaciones en proceso de aculturación, y eventualmente hasta en agradecimiento, los *inkas* adoptaran al Titicaca como su mítico lugar de origen.

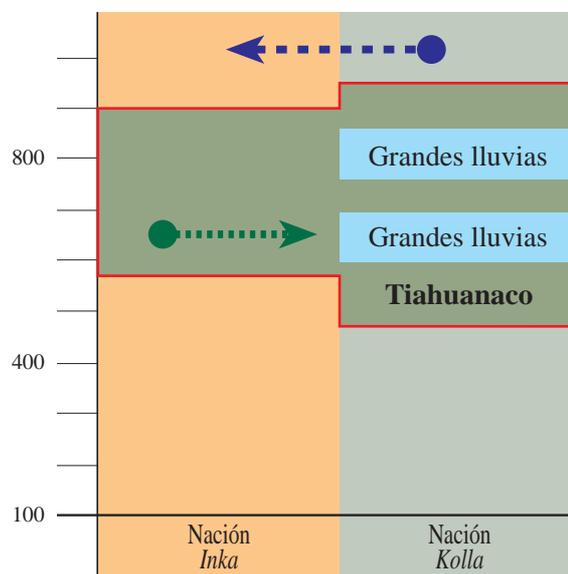
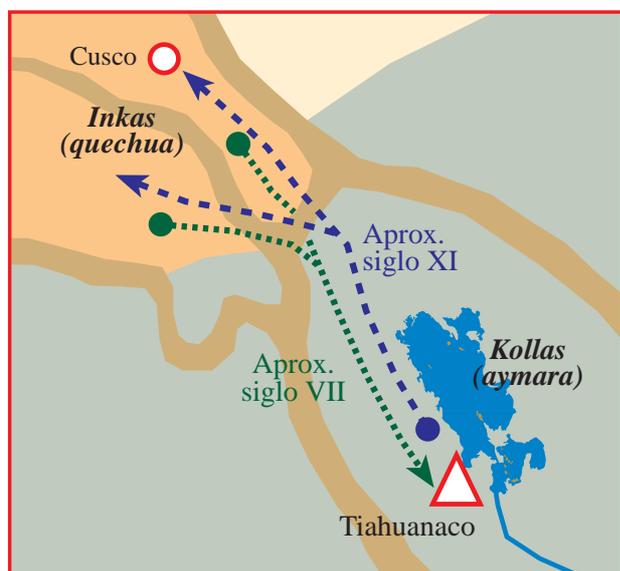
Mas al retornar definitivamente al Cusco, cuando las condiciones climáticas “definitivamente” se hubieron “normalizado”, y ya no había ni trabajo ni alimento suficiente para ellos, Manco Cápac y los suyos efectivamente “llegaron desde las orillas del Titicaca”. De allí, a la versión legendaria de que los fundadores del Cusco surgieron del lago, no hay, pues, sino un paso.

Adicionalmente, debe sin embargo destacarse que, a pesar del tiempo transcurrido, que eventualmente pudo ser incluso de cautiverio, toda o una parte del tiempo, Manco Cápac y el redimido pueblo *inka* que quizá masivamente lo acompañó <sup>316</sup> en el retorno, llegaron al Cusco con un mito ajeno, pero manteniendo su propio idioma.

Es decir –valga la insistente perogrullada–, sin haber asumido como propio el del anfitrión Este “dato” –sobre el que volveremos en otro momento–, es sumamente importante. “Mostraría” cuán lenta y difícil era en la antigüedad la transmisión de un nuevo idioma. Y cuán lenta y difícil la asimilación por un pueblo de un idioma que no era el materno.

## Anexo N° 7

### Hipótesis: Tiahuanaco y Manco Cápac



Esta hipótesis específica se sustenta también en la misma experiencia histórica de la conquista española de los Andes. En ésta, en efecto, tras siglos de intensa relación, aún cuando mantuvieron sus idiomas nativos, muchos de los pueblos andinos adoptaron, aunque con diferentes variantes de mestizaje, el mito fundacional de la cristiandad que había impuesto el poder hegemónico.

De consuno, la etnología, la lingüística y la psicología social, deben contribuir a explicar por qué a los pueblos les resulta más fácil adoptar la ajena ideología de un pueblo que el ajeno idioma de éste.

¿Acaso no viene ocurriendo hoy lo mismo? ¿Acaso no se ha extendido más y más rápido el “modo norteamericano de vivir” que el idioma de sus mentores? Y dos mil años atrás, ¿acaso no resultó a los romanos “más fácil” sembrar en Europa su ideología, usos y costumbres, sin que lograran en cambio imponer el latín, que a la postre devino lengua muerta? ¿Será quizá porque el idioma quedó instalado en la mente humana mi-

llones de años antes que la ideología, que no es sino parte de la cultura, creación humana ésta muchísimo más tardía que aquél.

Pero –como resulta obvio–, los inmigrantes que retornaron a la tierra de sus padres, no sólo habrían llegado entonces con un nuevo mito. Sino, entre otras, con una enorme experiencia como finos constructores y alarifes.

*He oído afirmar a indios [kollas] –dice una vez más Cieza de León<sup>317</sup> reafirmando la validez de nuestras hipótesis– que los ingas hicieron los edificios grandes del Cuzco por la forma que vieron tener la muralla o pared que se ve en este pueblo; y aun dicen más, que los primeros ingas practicaron de hacer su corte y asiento della en este Tiaguanaco.*

¿No resulta cada vez más consistente la presunta estancia de buena parte del pueblo *inka* en el Altiplano? La historiografía tradicional tendrá que explicar, muy sólida y consistentemente, porqué habiéndose tomado a los cronistas con tanta fidelidad en cosas

intrascendentes y anodinas, se les ha desechado, sistemática y tercamente, en estas otras tan importantes.

## Nuevamente el centralismo en los Andes

La riqueza y el esplendor de sus centros urbanos, a juzgar por la enorme diferencia con el desarrollo de las áreas rurales en cada una de esas naciones, sugiere que los grupos dirigentes optaron por modalidades centralistas, urbanas y consumistas en el uso de los excedentes que generaba cada una de las grandes y los pueblos a los que habían dominado.

Pero Batán Grande y Túcume, Moche, Maranga y Pachacámac, Cahuachi y Tiahuanaco, los más importantes centros urbanos, demuestran, además, que el excedente generado fue concentrado en el área de residencia de los grupos dominantes de cada una de las correspondientes naciones. Éstos, cada vez

que tomaban una decisión en relación con el uso y destino de los recursos, lo hacían, pues, privilegiando aquellas obras con las que alcanzaban sus propios objetivos de grupo.

En cada una de las grandes naciones se repitió entonces el mismo fenómeno: la riqueza extraída de las zonas periféricas, fluyó hacia los centros hegemónicos. internos. Así, éstos se enriquecieron a costa del empobrecimiento de aquéllos. O, si se prefiere, los espacios urbanos a costa de los espacios rurales. Mas, en definitiva, las élites dirigentes a costa de los pueblos sojuzgados y del resto de los habitantes de sus propias naciones.

En todos los pueblos y naciones de los Andes, el grueso de la actividad productiva era realizado en las áreas rurales por los *ayllus*. En ellos el trabajo agrícola, ganadero, forestal, minero, pesquero, etc. seguía revistiendo su forma comunitaria primigenia –*ayni*–. A través de este trabajo comunitario, de recíproca y equivalente cooperación entre los individuos, los *ayllus* producían lo suficiente para su consumo. Pero producían, además, un excedente.

Con una pequeña parte de ese excedente, y seguramente autorizados por el poder central, los propios *ayllus* solventaron las faenas, también comunitarias, que les permitieron concretar la construcción de andenes, canales, depósitos, puentes y caminos de uso local.

Mas el grueso del excedente era trasladado a la sede del poder central y administrado por las élites dirigentes.

Éstas, prescindiendo generalmente de si la obra beneficiaba o no a los miembros del *ayllu* al que pertenecían los *mitayos*, a través de la *mita*, emprendieron las obras de mayor envergadura: grandes construcciones urbanas, fortificaciones y caminos nacionales, etc.



## Camino, chasquis y desarrollo náutico en los Andes

Si ya los ejércitos, administradores y peregrinos habían atravesado gran parte del territorio de los Andes durante el Imperio Chavín, mil años después, hacia el 500 dC, los pueblos y naciones andinas contaban, por consiguiente, con un sistema vial más extenso y mejor acabado.

La red andina de caminos posibilitaba el peregrinaje religioso panandino hacia Pachacámac, por ejemplo, pero también facilitaba el tránsito de los contingentes militares y permitía el intercambio comercial a través de las fronteras entre los pueblos.

Las redes nacionales permitían que los arrieros –y sus tropillas de auquénidos– trasladaran los considerables volúmenes de alimentos que diariamente demandaba el sostenimiento de las cada vez más numerosas

### Ilustración N° 19 Chasqui moche



Fuente:  
– Kauffmann, *Manual...*, p. 371.

poblaciones urbanas en Moche, Pachacámac, Cahuachi y Tiahuanaco. Y permitía el tráfico masivo de *mitayos* y la circulación de los excedentes necesarios para solventar las obras de diversa índole que disponían los poderes centrales.

Pero la red vial no sólo permitió el flujo de la producción. Facilitó también, ya en ese período, el tránsito rápido de la información que portaban los primeros *chasquis* del pueblo *moche* (*chimú*)<sup>318</sup>, cuyo uso y aplicación con seguridad imitaron los pueblos y naciones vecinas. Y, por mediación de éstas, probablemente también las más alejadas, como quizá debió ocurrir con los *nazcas* y *kollas*.

Siendo tan clara y elocuente la imagen, y de tanto tiempo atrás la evidencia, resulta patético constatar que la gran mayoría de los peruanos cree, erróneamente –como reiterada y sistemáticamente se lo repiten los más conocidos textos de historia–, que el sistema de correos a pie o *chasquis*, fue uno de los grandes aportes de la cultura imperial *inka*. Se trata, pues, de una errónea e injustificada expropiación a la historia del pueblo *moche*. Y de una gratuita y falsa atribución al mitificado Imperio Inka.

No obstante, quizá incluso se esté también cometiendo un error al atribuirle esa innovación al pueblo *moche*. Porque ciertamente, aún cuando nunca se ha planteado, quizá corresponda aquí –aunque tardíamente– preguntarse: ¿pudo un territorio tan grande como el que alcanzaron a dominar los *chavín*, manejarse sin un sistema de correo rápido y de señales de emergencia a distancia, con humaredas desde las cumbres de cerros distantes?

Las comunicaciones, sin embargo, ya no sólo eran terrestres. En la costa norte, por lo menos ahí, habían adquirido un notable desarrollo las comunicaciones marítimas. Allí,

destacando largamente sobre el resto de los pueblos ribereños, los *moche* (*chimú*) hacían gala de lo que bien podemos llamar una gran técnica de construcciones náuticas. Prueba incontrovertible de ello la constituyen las imágenes de naves para varios tripulantes, y con bodega y hasta cubierta. Difícilmente puede pensarse que ese despliegue técnico estuvo sólo reservado para la pesca.

**Ilustración N° 20**  
**Nave y faena de pesca *moche***



Fuente:  
– En Del Busto, *Perú Preincaico*, p. 215.

Corresponde pues traer aquí nuevamente dos de las hipótesis que habíamos planteado cuando hablamos de los *sechín*: a) su muy posible llegada por mar desde las costas del Pacífico *mexicano*, y; b) la también muy posible incursión y final fusión de la mayor parte de los sobrevivientes *sechín* con los predecesores de *moches* y *mochicas* luego de la derrota aquéllos por los *chavín*.

Así, la convergencia de una y otra hipótesis permitiría plantear entonces una tercera. En efecto, el significativo mayor desarrollo naval que habían alcanzado los *moche* en la etapa de su historia que venimos revisando, muy superior al del resto de los pueblos de la costa peruana, ¿no tendría una sólida explicación en el importante despliegue náutico que ya varios siglos atrás habrían tenido los

inmigrantes que según la leyenda de Naylamp llegaron desde lejanas tierras al norte del Perú? En todo caso, la nueva hipótesis deducida asoma verosímil y consistente con las anteriores.

Entre los *ica* (*nazcas*), en cambio, los indicios apenas pueden permitir hablar de una cierta actividad pesquera, aunque importante en el contexto de su economía productiva<sup>319</sup>.

Parece ser éste el primer contexto histórico que da pie a un ensayo de imaginación histórica, retrospectivo–proyectiva esta vez, distinto pues de los que hasta aquí hemos esbozado. Asumamos primero que, a diferencia de la hipótesis sobre el desarrollo naval “importado” que acabamos de plantear para los *moche*, suponemos que ese desarrollo náutico fue completamente autóctono. ¿Cómo explicar entonces que los *ica* (*nazca*), con iguales y milenarios antecedentes, y con extraordinario desarrollo en esta etapa no hubieran llegado a otro tanto?

El Mapa N° 25 –que se presenta bastante más adelante– claramente muestra, en el territorio de la nación *ica*, la ubicación costera de los pueblos *chíncha*, *pisco*, *paracas* y *acarí*; y la ubicación mediterránea de los pueblos *ica* y *nazca*.

Los *paracas*, como se recuerda, fueron quienes más antiguamente destacaron entre ellos. (1): ¿No es razonable imaginar que, siglos después, es decir, ya para la época de la que hablamos ahora, el desarrollo naval y marítimo–comercial del conjunto de esa nación habría sido grande, de haber seguido predominando el pueblo *paracas*, eminentemente ribereño?

La hegemonía, sin embargo, había cambiado de manos y estaba ahora en las de los mediterráneos *nazcas*. (2): ¿No es lícito su-

poner entonces que, precisamente por su ausencia de vocación marítima, la élite *nazca* desatendió –y probablemente hasta reprimió– el desarrollo náutico, porque no lo controlaban directamente, y no tenían experiencia personal en ello, y en consecuencia no estaba dentro del conjunto de sus propios y directos intereses?

Mediterráneos como eran, sí estaba en cambio dentro de sus intereses inmediatos el comercio terrestre. Y en efecto tanto que lo desarrollaron, enlazándose con ese propósito con sus vecinos *chankas*, con los lejanos *kollas* del Altiplano, e incluso hasta con pueblos de la amazonía <sup>320</sup>.

Una y otra hipótesis parecen tanto verosímiles, de momento que, cuando siglos más tarde, la hegemonía sobre la nación *ica* volvió a la costa, pero esta vez a manos de los *chinchas*, éstos efectivamente alcanzaron un sensacional despliegue naval y marítimo–comercial, como habrían de constatar asombrados los *inkas*, primero, y los conquistadores *españoles*, después.

No se crea que pretendemos mostrar o insinuar que el desarrollo del transporte terrestre y el complementario del comercio por tierra que hicieron los *nazca*, es menos importante que el marítimo que podrían haber llevado a cabo los *paracas*, o que el que efectivamente llevaron a la práctica los *chinchas*. O, a la inversa, qué este es mejor que aquél. No.

Pero sí pretendemos sugerir que, cuando el modelo de desarrollo histórico–económico–productivo es centralista –aunque sólo lo sea de manera implícita–, sólo termina destacando, selectiva y excluyentemente, la o las actividades económicas en las que la élite hegemónica concentra efectivamente sus intereses: agricultura o pesca, comercio terrestre o comercio marítimo, etc.. Y que, por el

contrario, bajo modelos sensatamente descentralistas, en cada sector del territorio, concurrente y complementariamente, se desarrollan las actividades para las que hay vocación natural (agricultura aquí, pesca allá y minería más allá, etc.).

Y, para complementar la propuesta, no es difícil imaginar cuán vulnerable e intrínsecamente frágil –tanto en términos económicos, políticos y hasta militares–, resulta el pueblo o la nación que sustenta su desarrollo en una sola o pocas actividades productivas. Y, por el contrario, cuán más resguardado y sólido resulta aquél que se apuntala en todos los sectores productivos que tiene a su alcance.

Parece pues una verdad de perogrullo, mas hay que decirla explícitamente y con todas sus letras –sobre todo porque en los textos clásicos de la historia del Perú es todavía una monumental omisión–: la descentralización económico–productiva (y la consecuente descentralización poblacional), es invariablemente ventajosa, y el centralismo es en cambio inexorablemente pernicioso.

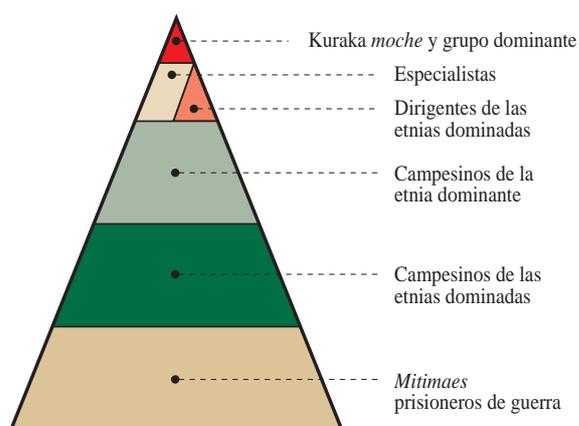
## Las culturas *moche* y *mochica*: paradigmas de la estratificación social

Las guerras acabaron de perfilar la profunda estratificación social en los grandes pueblos y naciones de los Andes.

Los *mitimaes* prisioneros de guerra –y sus descendientes– ocupaban el peldaño más bajo de la escala social. El grueso de la población campesina de los pequeños pueblos vencidos cubría, probablemente, el escalón siguiente. Más arriba se ubicaba la población campesina de la nación dominante o con-

quistadora. En el siguiente escalón, habitando las ciudades, la población de especialistas y, con consideraciones posiblemente equivalentes, los *kurakas* de los pueblos sojuzgados. Finalmente, en la cúspide, el gran *kuraka* y el grupo que con él compartía en las ciudades los más altos privilegios y el poder en los pueblos y naciones dominantes.

**Gráfico N° 37**  
**Pirámide de estratificación social en el territorio dominado por los moches**



En la nación *moche* (*chimú*), los vestidos y ornamentos con los que se ataviaba la población se encargaban de poner de manifiesto las grandes diferencias sociales.

El grupo dirigente se vestía y ataviaba ricamente, con mantos de plumas de aves exóticas, grandes aretes de concha o piedras semipreciosas, adornos nasales, pintura facial, argollas, brazaletes y riquísimos tocados en forma de turbantes o coronas con plumas multicolores. Los campesinos, en cambio, vestían en forma sencilla –confirma Lumbreras–<sup>321</sup>.

Los grandes personajes eran cargados en literas por sus servidores<sup>322</sup> que muy probablemente eran prisioneros de guerra. También esta práctica cundiría luego por los Andes (recuérdese, por ejemplo que, siglos más

**Ilustración N° 21**  
**Litera moche**



tarde, Atahualpa llegó a su cita con Pizarro cargado precisamente en andas, y en una similar lo hizo el gran *kuraka* de Chincha).

El boato de algunos entierros en la nación *moche* (*chimú*), así como entre los *ica* (*nazcas*), en comparación con la sencillez de otros, evidenció también la marcada estratificación social<sup>323</sup>.

Es hargo elocuente el testimonio de algunas tumbas *moche* (*chimú*) en el área de La Libertad: los personajes importantes eran enterrados en ataúdes que contenían varios símbolos de poder. E inmediatamente a su lado, haciéndoles compañía, habían sido enterradas varias mujeres estranguladas poco antes de cerrarse la tumba. Todos quedaban “protegidos” por un guardián colocado sobre el ataúd, que había muerto de asfixia con la arena que sellaba la tumba<sup>324</sup>.

250 Kms. más al norte, en el área de Lambayeque, y correspondiendo al 200 dC, el entierro del que ha sido denominado “Señor de Sipán”, encumbrado personaje del pueblo *mochica*, revistió idénticas características.

Es decir, incluso durante los períodos de paz, y no solamente en tiempo de guerra, el proyecto de los sectores dominantes incluía la muerte de individuos del sector dominado de la población.

Pero también en este aspecto los artesanos y artistas dejaron constancia de los extremos de la estratificación social. Ceramios *moche* (*chimú*), así como el imponente mural multicolor en el complejo arqueológico El Brujo, muestran en efecto –como se ha visto en la Ilustración N° 14– grupos de personas desnudas, con la sogá al cuello y las manos atadas.

Estas mismas representaciones talladas aparecen enterradas junto a los muertos encontrados en las islas guaneras. ¿Eran éstos esclavos remitidos a dichas islas de por vida –se pregunta el historiador Lumbreras<sup>325</sup>? Muy probablemente.

En todas las primeras naciones andinas la diferenciación social se fue dando conjuntamente con la segregación física: el grupo dominante y la población esclavizada que estaba a su servicio– habitaba las ciudades. En ellas residían además los integrantes de la burocracia administrativa, militar y religiosa, así como los especialistas: constructores, alfareros, orfebres, etc.

Los centros urbanos, magníficamente equipados con palacetes, grandes centros ceremoniales cívico–religiosos, fortificaciones, pistas y jardines, puentes y acequias, concentraban gran riqueza en comparación con las pequeñas y desprovistas aldeas rurales. Mas no sólo eso. En múltiples almacenes los grupos dominantes disponían de abundantes recursos de todo género.

La marcada estratificación social entre ricos habitantes de la ciudad y pobres habitantes del campo, ponía de manifiesto que, en los hechos, el proyecto nacional había sido ya traicionado.

El proyecto original, en cada una de esas naciones, buscaba alcanzar el beneficio de toda la nación. No obstante, cuando se había

avanzado ya bastante del primer milenio de nuestra era, al interior de las naciones andinas sólo obtenían beneficios los habitantes de las ciudades y, dentro de ellas, grandes y exclusivos privilegios un grupo muy reducido de personas. Es decir, el proyecto del grupo dirigente se había impuesto en sustitución del proyecto nacional.

Coherentemente, el proyecto del grupo dirigente permitía el beneficio del grupo dirigente. O, lo que es igual, el “sujeto protagónico” del proyecto era el lógico “beneficiario” del mismo.

Sustituido el proyecto nacional, la mayoría de la población vio una vez más frustradas sus expectativas. Esa mayoría quedó incorporada al proyecto del grupo dirigente. Mas no como “sujetos protagónicos” del mismo, que habían dejado de serlo, sino convertidos en “objetos”. O, si se prefiere, no como beneficiarios, sino en calidad de tributarios.

Los trabajadores del campo y los prisioneros de guerra habían pasado a ser un “recurso” más en manos de la élite dirigente. Con su trabajo en el *ayni* y en la *mita* generaban esa riqueza de la que gran parte era llevada al centro urbano de poder, atentando contra la descentralización consustancial –aunque implícita– del proyecto original.

## Las trampas de la divinización del poder

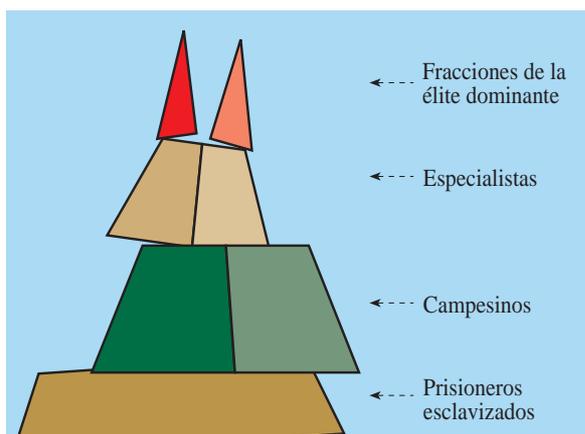
En aquel primer milenio de nuestra era, para todos debe haber sido harto evidente que los pobladores del campo trabajaban tanto como los de la ciudad (quizá 12 horas diarias unos y otros). En razón de ello, las élites *moche*, *nazca* y/o de Tiahuanaco difícilmente

habrían proclamado la falacia de que los beneficios y privilegios de que disponían eran el fruto de “su” trabajo.

Ello equivalía a proclamar el absurdo de que el trabajo producía a unos riqueza y a otros pobreza. Y difícilmente se argüiría por entonces que los privilegios se debían a las distintas “calidades” del trabajo que desempeñaban unos y otros (aparentemente este argumento sólo se esgrimió mucho más tarde).

Frente a los desiguales resultados de similares esfuerzos, al interior de cada grupo humano fue necesario e importante encontrar y dar una explicación convincente. Era imprescindible tener una justificación consistente para mantener la unidad y estabilidad de esas sociedades estratificadas, evitando la escisión, la fragmentación; porque la frustración y la insatisfacción alimentan el fenómeno escisionista, fragmentalista. Siempre han sido su mejor fermento.

**Gráfico N° 38**  
**Pirámide de estratificación social, fragmentada e inestable**



Los grupos o subgrupos descontentos siempre han pugnado por cambiar el proyecto en vigencia por uno en el que, legítimamente, también ellos alcanzaran beneficio. En unos

casos con objetivos transformadores –revoltosos, revolucionarios o subversivos, diríamos hoy, dependiendo de la virulencia de los gestos y palabras y de la violencia de las acciones–. Y en otros, alternativamente, con objetivos escisionistas, los grupos descontentos buscaban conquistar un territorio propio donde aplicar autónomamente un proyecto que los beneficiara.

No obstante, debe reconocerse que los objetivos transformadores –como los escisionistas– no necesariamente eran conscientes ni explícitos cuando recién empezaban a gestarse. Como en todo proceso, sólo alcanzaban ese nivel al cabo de un período de maduración. Alcanzado éste, o en trance de serlo, también el mundo andino asistió a episodios violentísimos en los que se registró innumerables casos de magnicidio, por ejemplo. Si se dio entre los *inkas*, muy probablemente también se dio desde mucho antes.

La estratificación social daba cuenta del conjunto de subgrupos de que realmente estaba compuesta cada grupo social –nación o pueblo–. O, si se prefiere, mostraba las fracciones en que, de hecho, y más allá de la conciencia lúcida de sus miembros, estaba dividida cada sociedad. Cada uno de los subgrupos era internamente homogéneo: tenía y defendía los mismos intereses y aspiraba alcanzar los mismos objetivos.

En definitiva, cada subgrupo, cada estrato, era implícitamente portador de un proyecto, de su propio proyecto. Con excepción del grupo dirigente, el resto de los subgrupos enarbolaba, implícitamente, con mayor o menor énfasis cada uno, objetivos transformadores o, en el extremo, escisionistas.

Si no había una explicación clara y contundente de por qué el todo –esto es, la nación o el pueblo– debía permanecer unido, el grupo dirigente corría riesgos muy graves:

el riesgo de transformación de la sociedad, en el que, necesariamente, quedaría desplazado –y hasta podía quedar exterminado–; o, tan grave como aquél, el riesgo de escisión, esto es, el de quedar privado del concurso de muchos de aquellos que generaban la inmensa mayor parte del excedente, y por ende, el riesgo de perder la posibilidad de seguir acumulando privilegios.

Alguna poderosa razón debía enarbolarse pues para que no se produjera el rompimiento o la escisión del conjunto social, para evitar que cada subgrupo emprendiera autónomamente su propio proyecto.

Debía existir “algo” que mantuviera unida, re–unida, a la sociedad. Era necesario “algo” que, manteniendo la división social, fuera argumento suficiente para mantener la unidad nacional. “Algo”, pues, que garantizara la unidad espacial, esto es, manteniéndose la unidad del territorio

“Algo” debía esgrimirse, además, para que los sectores que se perjudicaban con el proyecto en vigencia aceptaran que era “lógico”, “natural” e “inevitable” que así fueran las cosas. Para que aceptaran que “no debía ni podía” ser de otra manera.

Y para que, sin mayores objeciones, siguieran creando excedente y aceptando, hasta de buen grado, que otros se beneficiaran de él.

“Algo” debía explicar consistentemente por qué las cosas ocurrían así, habían ocurrido así en el pasado y deberían seguir ocurriendo así en el futuro.

En definitiva, “algo” debía garantizar también la unidad temporal, que el mismo conjunto social se mantuviera unido en los siglos siguientes. La exigente explicación tenía que ser capaz, pues, de asegurar unidad en el espacio y en el tiempo.

Para justificar los privilegios y la estratificación social, en ausencia de razones objetivas, en los pueblos y naciones se habían estado gestando, desde tiempo atrás, intrincados conjuntos de ideas, o, si se prefiere, elaboradas formulaciones ideológicas. A través de ese conjunto de ideas, a través de la ideología, los seres humanos buscaban tener una apreciación de su historia, de sí mismos y del mundo que los rodeaba y, del futuro.

El contorno físico, las propias experiencias vividas, el idioma, etc. condicionaron que en cada nación la formulación ideológica fuera propia. Sin embargo, más allá de las distinciones aparentes, prácticamente todas las ideologías andinas coincidieron en dar esencialmente la misma explicación para el fenómeno de la división y la estratificación social y sus resultados selectivos y excluyentes.

En efecto, todas las versiones ideológicas atribuían a razones divinas la existencia de grupos privilegiados: los *kurakas* –se decía– eran descendientes del fundador y éste había sido dios o hijo de dios. Según esto, la existencia del *kuraka*, del grupo dominante que lo rodeaba, y de los privilegios de que gozaban, era, entonces, voluntad divina y sabia, decisión suprema, incuestionable e inapelable.

Si ese fue el caso del Inka entre los *inkas*, nada impide pensar que también lo fue el del presunto Chimo Cápac *chimú* –al que derrotaron los *inkas*–, y el del no menos presunto Chincha Guavia Rucana de los *chinchas*. Y que mucho antes lo habría sido el Cie–Quich entre los *moches*. Y el de Cium, el primogénito, y el del resto de los demás descendientes del divinizado Naylamp<sup>326</sup> de los *mochicas*.

En tanto decisión divina, “tenía” pues que ser acatada por todos. Con lo cual se garanti-

zaba la necesidad de unidad espacial. Y, como decisión divina, “era válida” en el presente, había sido válida en el pasado y era válida para el futuro. Garantizaba, también, entonces, la unidad en el tiempo.

La ideología era, precisamente, entonces, el elemento que jugaba el papel de “cemento” aglutinador –en el espacio y en el tiempo– de las distintas partes en que estaba dividida cada nación, cada sociedad.

La mística justificación ideológica era, pues, falaz y encubridora. Con gran eficiencia, en efecto, disimulaba que, como el que se aplicaba era el proyecto del grupo dominante, tenía, lógicamente, que beneficiar a ese grupo –perjudicando al resto–.

Ese encubrimiento sólo beneficiaba a los grupos dominantes. De allí que esa ideología encubridora, ese “cemento” aglutinador, constituía un elemento importantísimo en el proyecto de las élites dominantes. Así las cosas, al cabo de varios siglos de frustrada aplicación y distorsión de sus proyectos nacionales, las diversas naciones en los Andes vieron sobrevenir, otra vez, e idéntico, al mismo cataclismo político-social que siglos atrás había liquidado al Imperio Chavín.

El exceso en concentrar riqueza improductiva, el lujo estéril, el abuso y la prepotencia, eran latente exteriorización de la decadencia en que caían y arrastraban a sus sociedades algunos grupos dirigentes. Esos vicios se comportaban como “disolventes”, como factores disgregantes, neutralizando y debilitando el papel cohesionante y aglutinador de la ideología.

Como insinúa el Gráfico N° 37, las exigencias de las poblaciones sojuzgadas y dominadas no fueron sin embargo los únicos elementos de desestabilización de las sociedades andinas. Ni los vicios de las élites

sus únicos factores disgregantes. Las ambiciones internas y pugnas entre las distintas fracciones de la élite dominante, que por lo general involucran al todo el cuerpo social de una nación, fueron muchas veces la más eficiente modalidad de debilitamiento y quiebre de las sociedades. Sin duda ningún ejemplo fue tan patético y trágico como el prolongado y cruento enfrentamiento que lideraron Huáscar y Atahualpa.

¿Por que no suponer que se dieron sucesos parecidos y hasta equivalentes también en Chavín y el Imperio Wari, y acaso también en Chimú y Tiahuanaco? Quizá nunca se sepa. Pero la hipótesis no puede descartarse desde que Del Busto recoge la versión de que, muchos siglos antes el surgimiento del Imperio Inka, Fempellec, el último de los monarcas *mochicas* supuestamente descendientes de Naylamp, fue asesinado y “lo arrojaron al mar debido a sus muchos vicios y alianzas con el demonio”<sup>327</sup>.

Quizá el demonio no era otro que el expansionismo *moche*. ¿Quizo Fempellec, influido por sus demonios míticos, enfrentar decididamente al corporalizado demonio *moche* –como más tarde haría Pachacútec frente a la amenaza *chanka*–? O, por el contrario, ¿fueron sus demonios míticos los que lo impulsaban a claudicar ante la amenaza *moche* –como ocurrió con Huiracocha, ante la amenaza *chanka*–?

Las distintas fracciones de las élites ponen muchas veces de manifiesto conductas abiertamente discrepantes que, en el fondo, desnudan diferencias de intereses. Así ocurrió en el pueblo *inka* entre las fracciones lideradas por Pachacútec y Huiracocha en el siglo XV.

Y no otra cosa ocurrió un siglo después en el enfrentamiento militar entre Huáscar y Atahualpa. Aparentemente al menos, habría

ocurrido algo parecido en el episodio en el que fue asesinado monarca *mochica* Fem-pellec.

Porque siglos más tarde, cuando los *inkas* a su vez asediaban al Imperio Chimú, “la *quinta columna* de la Corte de Chan Chan presionó a [su] monarca a aceptar el yugo [inka]” –afirma del Busto <sup>328</sup>. En definitiva siempre habremos de encontrarnos con individuos y grupos que, en función de sus intereses, luchan; y con otros que, también en función de sus intereses, están dispuestos a claudicar ante el enemigo.

Cierto y definitivo es en cambio que cuando las ambiciones de las élites llegan a extremos, se constituyen en los más eficaces agentes de ruptura de las sociedades. Si ello se ha dado en la historia de prácticamente todos los pueblos del planeta, y aquí ostensiblemente entre los *inkas*, ¿por qué no habría de darse en el antiguo mundo andino?

También parece ser cierto que las ambiciones nunca son tan perniciosas como cuando el poder, la riqueza y los privilegios en juego son enormes. Y ese es precisamente el caso de los grandes excedentes que producen los pueblos sojuzgados. Entre tanto, a despecho de lo que siempre creen las élites dominantes, los pueblos siempre están pendientes de la riqueza que producen y del destino arbitrario que dan a ésta quienes los dominan.

En ese complejo contexto de injusticias, vicios, errores y ambiciones desembosadas, cuando se presentó una amenaza externa, y las élites urgieron a “sus” poblaciones para que salgan en defensa de “sus” intereses, ya no fueron escuchadas.

Ostensiblemente ocurrió en presencia de los conquistadores *españoles*. Virtualmente todos abandonaron a su suerte a las élites. ¿Por qué no habría de ocurrir también antes?

La mayor parte de los campesinos de los pueblos sometidos se negó a tomar bandería (que en muchas ocasiones dio origen a atrocidades represalias). Las huestes extranjeras incorporadas a la fuerza al ejército imperial abandonaron en estampida los campos de batalla. Los *mitimaes* trasladados a tierras ajenas precipitadamente las abandonaron, agudizando el desabastecimiento.

E incluso dejaron en la orfandad a las élites los propios campesinos de su nación. Así, en el período histórico que estamos analizando, debió ser que, con enorme facilidad, todas las grandes naciones andinas cayeron dominadas por las armas del segundo imperio andino: Wari.

Como había ocurrido antes con el Imperio Chavín, pero esta vez en torno al siglo VIII dC, también la marejada Wari bajó indetenible desde la cima de los Andes. Y –como ha registrado Toynbee para el resto de la historia mundial–, aquí también los sectores dominados de cada nación probablemente miraron con indiferencia, y aun con satisfacción, el destino que cayó sobre sus minorías dominantes <sup>329</sup>: fueron aplastadas, derrotadas y exterminadas.

La naturaleza, sin embargo, habría dado una considerable cuota de ayuda al aluvión imperialista de los *chankas*. No tanto catapultándolos directamente, que eventualmente también pudo ocurrir. Sino afectando a quienes habrían de ser sus víctimas.

Considérese en efecto que la seguidilla de los graves episodios climáticos que remecieron gran parte de la costa entre el 550–600 dC estaban relativamente cerca en el tiempo.

Así, por ejemplo, *moches* y *mochicas*, los más desarrollados de la costa, apenas habían tenido dos siglos para recuperar el nivel que, antes de tan graves siniestros, habían alcan-

zados tras casi ocho siglos de liberarse del Imperio Chavín.

El Imperio Wari, pues, los habría conquistado cuando apenas estaban reponiéndose (en el Gráfico N° 7, página 33) mostramos cuán próxima estuvo la expansión Wari de los citados episodios de “El Niño”).